



27 de noviembre de 1885

El tiempo de Adviento

Santa María Eugenia de Jesús

Queridas hijas,

Pasado mañana entramos en el tiempo de Adviento. Es uno de esos momentos en los que, para el alma religiosa, hay mucho que ganar, que recibir de Dios, si pedimos sin cesar la gracia que debe completar en nosotros el estado religioso. Dos cosas pueden ocuparnos durante el Adviento.

En primer lugar, un profundo sentimiento de lo que es el alma que no tiene a Jesucristo. ¡Qué pobreza, qué miseria, qué impotencia! Todo lo que hay en nosotros se lo debemos a nuestro Señor Jesucristo. La gracia está en él, él nos la ha dado, y sin esa gracia no somos nada.

¡Cuánta expectación debían sentir el mundo antiguo y todos aquellos que, bajo la antigua ley, esperaban y deseaban a Jesucristo! Así, al igual que los profetas, los patriarcas anhelaban la llegada del Deseado de las naciones. Debemos ponernos en su lugar, hermanas. ¿Cómo no desear ardientemente a Jesucristo? Todavía somos tan pobres de nuestro Señor. Hemos recibido la gracia, pero nuestro Señor aún no está en nosotros como debería. Él debería animar toda nuestra vida: manifestarse exteriormente en nuestra modestia; en nuestras acciones, a través de la caridad, la obediencia, la fidelidad a la Regla y la santidad; y en nuestro interior, por medio de la oración y de una caridad perfecta.

Ciertamente, no hemos llegado todavía a ese punto. Por eso, durante el Adviento, deberíamos presentar sin cesar a Dios nuestras carencias, para que Él las cubra; mostrarle todo lo que nos falta, para que nos lo conceda, a fin de prepararnos mejor para la Navidad.

El amor es el segundo sentimiento que debe impulsarnos a vivir santamente este tiempo de Adviento. Somos criaturas de Dios. Jesucristo comenzó en nosotros su obra por amor y la completará igualmente por amor. Por su parte, Él no dejará nada incompleto; las limitaciones siempre vienen de nosotros. Por eso es necesario atraerlo, suplicarle que derrame en nosotros la abundancia de sus gracias: las gracias de su pequeñez, de la humildad de su santa infancia, de su adolescencia, de su vida de enseñanza, y el abandono y sacrificio de su vida crucificada.

En la preparación del Adviento, en la noche de Navidad, debemos rogarle que nos quite lo que nos ata a nosotros mismos y que Él pueda entregarse plenamente a nosotros. Lo que impide a Jesucristo entrar en las almas es que aún conservan apego a sí mismas, una especie de auto-suficiencia interior. Si ese “yo” no estuviera, nuestro Señor entraría. Algo en nosotros mismos es lo que le cierra el paso.

Pasemos los días que aún nos separan de la Navidad despojándonos lo más posible de nosotros mismos, aspirando a Dios, invocando con todo nuestro deseo y con todas nuestras fuerzas esa vida nueva que nuestro Señor vino a traer a la tierra y cuyas gracias renueva en el día de sus aniversarios.

¿Por qué la Iglesia celebra solemnemente el tiempo de Adviento y la fiesta de Navidad de esta manera, si no es para impulsarnos a desear, invocar y atraer hacia nosotros a Aquel que es el don supremo y que, al venir a la tierra, quiere sobre todo vivir en nosotros y hacernos semejantes a Él?